

¿Qué tipo de acompañamiento familiar abre una esperanza?¹

Juan José Pérez Soba²

Profesor del Pontificio Instituto Teológico Juan Pablo II

RESUMEN

“¿No ardía nuestro corazón, mientras nos hablaba por el camino?” (Lc 24,32)) Esta es la experiencia real de un verdadero acompañamiento: «arder el corazón». El Evangelio tiene la fuerza enorme de ofrecernos estas palabras que «obran el bien» y que no tienen miedo a los afectos, más bien se refiere a ellos con firmeza. Por eso, para expresar lo que significa un encuentro con Cristo que cambia una vida, emplea una palabra fundamentalmente afectiva -«arder el corazón»- que todo el mundo entiende, que remite a una experiencia y que la ilumina por dentro. Queda claro así que acompañar es conseguir que a las personas les «arda el corazón» y se puede afirmar que el prototipo de todo acompañamiento es el que Jesús hace con los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35), donde se ve la transformación de una vida. Unas personas desanimadas, unas personas que no saben a dónde ir, vuelven convertidos en apóstoles de apóstoles. Cuando Santo Tomás se pregunta qué significa «arder el corazón», es decir, ¿qué es lo que se significa con esa palabra? ¿Qué es, para una persona, que «arda el corazón»? El Ángelico daba tres significados fundamentales³. Que «arda el corazón» significa que el corazón, en parte, se consume; por otra parte, significa que calienta y, por último, que eleva. «Arder el corazón» significa estas tres cosas. Estos tres efectos son los que el acompañamiento tiene que causar en la persona que es acompañada.

PALABRAS CLAVE:

familia, acompañamiento familiar, familia y capital social, acompañamiento pastoral

¹Transcripción de la conferencia impartida el 14 de mayo de 2022

²El Dr. Juan José Pérez-Soba es profesor ordinario del Pontificio Instituto Teológico Juan Pablo II para los estudios del matrimonio y la familia de Roma y profesor invitado de la Facultad de Teología de la Universidad Eclesiástica “San Dámaso” en Madrid donde ha estado al frente de la cátedra de Teología Moral Fundamental y el vicedecanato de esta misma facultad. Es miembro del Consejo de la Subcomisión de Familia y Vida de la Conferencia Episcopal Española desde 1998 y es autor de diferentes libros de investigación como Amor es nombre de persona, El corazón de la familia, Caminar a la luz del amor. Fundamentos de la moral cristiana, El amor: introducción a un misterio, Amor, justicia y caridad, Creer en el amor. Un modo de conocimiento teológico, La pastoral familiar: entre programaciones pastorales y generación de una vida y Encuentro junto al pozo: cómo hablar de fidelidad al emotivista postmoderno. El Dr. Pérez Soba es además autor de distintos artículos de investigación sobre temas morales en revistas especializadas y conferenciante en diferentes foros internacionales.

³SANTO TOMÁS DE AQUINO, Super Evangelium S. Ioannis lectura, c. 5, lec. 6 (n. 812).

En primer lugar, nos preguntamos: ¿por qué el corazón *arde* y es capaz de consumirse? Porque el corazón es vulnerable⁴. La dificultad fundamental de hablar de los afectos es que nos hacen vulnerables. Y, por eso, toda lógica de acompañamiento, como lógica afectiva, significa hacerse vulnerable al otro: un riesgo grande.

Por ello o uno tiene una experiencia de un amor tan seguro, como es el de Cristo, que vence el miedo a la vulnerabilidad, o siempre cambiará de esa lógica de acompañamiento por una lógica de control. Hemos escuchado estos días tantas iniciativas hermosas, y ninguna es de controlar a otra persona. Ninguna consiste en pensar un programa tan perfecto que, puestos cada uno de sus elementos, conduzca a una conclusión necesaria. No es así, jamás. Por lo tanto, para acompañar a la familia no hay que tener un programa perfecto, porque no existe. Acompañar es ante todo tener la aventura de hacerse vulnerable al otro, porque solo así comienza el acompañamiento. Entonces el corazón se consume⁵. Lo que el otro siente, lo siento yo. Por eso, el otro me lo puede hacer pasar muy mal; y es que la felicidad no es pasarlo bien, sino encontrar en la relación con el otro una plenitud, también a través del dolor. Todo esto es lo que supone la experiencia de «arder el corazón».

La segunda cosa que apunta «arder el corazón» es que el corazón *calienta*: arde y calienta. ¿Qué significa? Ante todo, una proximidad que se siente buena y que toca el interior. Es un punto muy importante para Santo Tomás, que parece que sentía mucho el frío, ya que siempre pone como ejemplo de participación que, cuando uno se acerca más a una chimenea, siente más calor. El calor afectivamente significa proximidad. Se refiere, por tanto, a un modo de acoger en el que una persona se siente verdaderamente querida por ella misma. Esto es acompañar. Lo que no es acompañar, nunca, es que sea uno «un caso» de un problema. No se acompaña cuando uno es simplemente un número de un programa. El corazón arde cuando uno sabe que está junto al otro y eso es bueno. Ese es el segundo elemento de nuestro “arder”.

El tercero, es que hay humo, que se *eleva*. Ciertamente a alguien le arde el corazón porque se siente elevado, porque Dios se hace presente. La presencia de Dios que une a los hombres es una parte del acompañamiento: puedo acompañar a alguien porque Dios se hace presente en él. Mi modo de experimentar a Dios se realiza, entonces, en esa relación única que él me ha abierto. Por eso, mi corazón se eleva y puede ver verdaderamente a Dios en ese encuentro. Siempre me gusta remitir a esa frase tan hermosa de San Elredo de Rieval, en el libro sobre la amistad espiritual que escribe como un diálogo con su amigo Ivo de Chartres -estamos en el siglo XII-: “Estás tú, estoy yo; y espero que, como tercero entre nosotros, esté Cristo”⁶. Este es el ejemplo del acompañamiento.

Con eso, podemos ver que el acompañamiento no es una estrategia, no es que, en la actual coyuntura, vamos a aplicar el acompañamiento para tener un éxito arrollador. No sabíamos acompañar, hemos ido a un Congreso estupendo y ahora ya salimos como los expertos vencedores de todos los obstáculos, no es así. El acompañamiento es una exigencia intrínseca del amor cristiano. Es el modo real de vivir el amor de Cristo. Cristo quiere acompañar a todo hombre y lo hace mediante los cristianos. La realidad del acompañamiento -y los discípulos de Emaús es la imagen que tenemos que tener en la cabeza- requiere, por lo tanto, dos realidades fundamentales, que tienen que ver con el modo como nosotros

Por ello o uno tiene una experiencia de un amor tan seguro, como es el de Cristo, que vence el miedo a la vulnerabilidad, o siempre cambiará de esa lógica de acompañamiento por una lógica de control

⁴Es la tesis que expone: M. C. NUSSBAUM, *La fragilidad del bien. Fortuna y ética en la tragedia y la filosofía griega*, Visor, Madrid 1995.

⁵“Se licúa”: cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 28, a. 5.

⁶SAN ELREDO DE RIEVAL, *De spiritali amicitia*, en *Opera omnia*, (CCCM 1,289).

entendemos la vida: la vida como camino; y el seguimiento de Cristo como principio de esperanza. Solo así se entiende al hombre. El hombre es un ser «viador»⁷, es un caminante, un peregrino. San Ignacio se llamaba a sí mismo en su autobiografía «el peregrino»⁸.

Estamos en camino. La experiencia cristiana nace conectada con lo que es la experiencia del éxodo, que es en sí realmente bastante contradictoria, por la mezcla de positividad y negatividad que encierra. Al inicio nos indica que, para poder entender mi propia existencia, no puedo quedarme a mirar un instante concreto, tengo que ver el camino. Lo cual hace que muchas cosas las tengamos que pensar de otra manera. ¿Por qué Jesucristo hizo un camino con los discípulos de Emaús? Porque les tenía que volver a explicar su vida, no se habían enterado de nada. Lo habían vivido todo, habían seguido a Jesucristo, habían dejado las cosas, estaban con Él en Jerusalén; pero no se habían enterado de quién era Jesucristo. Tenían que rehacer el camino, les tenían que volver a explicar la vida como camino. Entender la vida como camino es entender de verdad que no es un instante que me da luz a todo, sino que hay una luz que permite distinguir si me equivoco, si no me equivoco, y a dónde voy.

Esto es lo que se llama el síndrome de Alicia en el País de las Maravillas. Alicia está en un país maravilloso, está asombrada, todo es impresionante; pero al caminar encuentra que hay una bifurcación. Se pregunta y ahora ¿por dónde voy? Como el país es maravilloso; el gato sabio, el que puede explicar el país maravilloso, está justamente allí; entonces le pregunta al gato: “¿Podrías decirme, por favor, ¿qué camino he de tomar para salir de aquí?”⁹ Y el gato le dice: “Depende mucho del punto donde quieras ir”. Y ella contesta: “Me da casi igual dónde”. Entonces el gato le dice: “Entonces no importa qué camino sigas”. Entonces, cualquier camino vale. Cuando cualquier camino vale, es que no vale ninguno. Cuando estamos desorientados de tal manera que no tenemos ni idea de adónde vamos, la situación se hace muy penosa. Parece que, en vez de llegar a un lugar, lo único importante es tener aliento para poder resistir en cualquier circunstancia. En esa situación, una persona necesita ser acompañada. Necesita a alguien que le diga por dónde se va, sin temor, porque se le ofrece un camino que él ya está siguiendo. Eso es la vida como camino. La vida no son instantes separados de emociones intensas que se agotan en sí mismas y que tengo que intentar repetir¹⁰. No es pretender que voy a empezar de cero, porque hasta ahora nada ha servido, que todo son experiencias o negativas o positivas... No hay nada más falso que decir que se empieza de cero. Se empieza con un bagaje anterior enorme, que siempre te acompaña. El cero es lo que te oculta a ti mismo y que hace que seas incapaz de caminar. Es pretender que cualquier experiencia nueva va a negar todas las anteriores sin darles sentido. ¿Cómo se puede entender la vida como camino? cuando alguien nos acompaña. Cuando realmente alguien está junto a nosotros en ese camino y puede decir, “oye, continúa, no te pares ahora, no es el momento. Mira que por allí no vayas, no vuelvas a dirigir los pasos en esa dirección”.

El segundo elemento a tener en cuenta es el seguimiento de Cristo como principio de esperanza¹¹. Los discípulos de Emaús, es evidente, están desesperanzados. Han escuchado los relatos de las apariciones... ¡cosa de mujeres! Pero ser cristiano es seguir a Cristo, no es tener ideas maravillosas. Es realmente caminar junto a Él. Lo que ocurre es que Cristo nos lleva a donde Él va. Ayer recordábamos en el

La vida como camino es entender de verdad que no es un instante que me da luz a todo, sino que hay una luz que permite distinguir si me equivoco, si no me equivoco, y a donde voy

⁷ Cfr. G. MARCEL, *Homo Viator. Prolegomènes a une Métaphysique de l'espérance*, Aubier, Paris 1944.

⁸ Sobre todo, desde que emprende su viaje a Jerusalén: cfr. SAN IGNACIO, *Autobiografía. El relato del peregrino*, 42, 5, en *Ejercicios espirituales -Autobiografía*, Ediciones Mensajero, Bilbao 1993, 207. 9 L. CARROLL, *Alicia en el país de las maravillas*, c. VI, Millenium, Madrid 1999, 62.

⁹ L. CARROLL, *Alicia en el país de las maravillas*, c. VI, Millenium, Madrid 1999, 62.

¹⁰ Como es la antropología de: D. HUME, *A Treatise of Human Nature*, Penguin, London 1984.

¹¹ Cfr. PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *Biblia y moral. Raíces bíblicas del comportamiento cristiano*, (2008), n. 46.

Evangelio, «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6). La verdad de nuestra vida está en la plenitud que Cristo nos da y solo descubrimos siguiéndole a Él. Por eso el acompañamiento del que hablamos es un acompañamiento *cristiano* y no podemos nunca quitarle ese adjetivo, porque Él lo ha hecho con nosotros, a pesar nuestro. La experiencia fundamental sobre de qué manera Cristo me ha abierto ese seguimiento, donde Él abre el camino y la vida, consiste en seguir sus huellas, esto es necesario para entender qué es el acompañamiento. El acompañamiento no es algo que ya podemos dar por descontado, porque hay que acompañar de verdad.

No se trata como vemos de apretar un botón, sino que supone un cambio de mentalidad. ¿Por qué nuestras estructuras actuales no acompañan a nadie? Porque tenemos todavía como base de partida una «pastoral de servicios», la gente va, nos pide un sacramento, yo se lo doy, procuro que esté bien preparado, y luego se vuelve a su casa. Ahora, cuando han bajado mucho estas peticiones y están peor preparados, comprendemos que lo que hacemos no basta, que los fieles necesitan también espacios donde compartir la fe para que siga viva. Por ello, en la actualidad, además, ofrecemos reuniones. Pero tampoco es la solución, con ello, no acompañamos a nadie. Y es que ¡No tenemos tiempo para acompañar! Estamos tan «ocupados» haciendo otras cosas - ¡montones de actividades! - que no acompañamos a las personas.... O cambiamos la mentalidad y entendemos que, o acompañamos o estamos creando un vacío enorme en la actividad apostólica, o no acompañaremos jamás. Porque no es realizar programas bonitos que tengan éxito. Sino que es realmente entender que Dios busca que nadie se sienta solo, y que esa es la misión fundamental de la Iglesia.

Como ya recordaba el Papa Benedicto en *Caritas in Veritate*: “la enfermedad mayor de nuestro mundo es la soledad”¹². Una enfermedad terrible. Hablamos de acompañamiento porque nuestra soledad es enorme y las personas se sienten totalmente desamparadas en las cosas fundamentales de la vida; y no hay cosa más amarga que estar solo cuando está rodeado de gente. No hay algo más terrible que la soledad, cuando la tienes en tu propia familia y estás «más solo que la una» con tu marido, con tu esposa, con tus hijos. Y no sabes cómo salir, has entrado en un pozo. Entonces es cuando el acompañamiento es más necesario. Eso supone fundamentalmente que la primera experiencia del acompañamiento es entender de verdad, ¿qué es acompañar? Tenemos que dar al acompañamiento un valor teológico y un valor antropológico fuerte, no es simplemente una función, es decir “hablo de manera más privada con una persona, y ya le estoy acompañando”. No. Acompañar supone *establecer un vínculo*. *No hay acompañamiento sin vincularse, sin hacerse vulnerable en el vínculo*. Y un vínculo que incluye una promesa¹³. Se acompaña porque hay un camino, porque hay un fin, no simplemente se acompaña para estar juntos. En una pandilla de amigos no se acompaña a nadie, aunque te lleven de un sitio a otro, porque no hay ningún camino, no hay ninguna plenitud de vida en esta perspectiva.

El acompañamiento cristiano pasa por una clave necesaria que es la *conversión*¹⁴. Se acompaña para vivir una historia de conversión. Claro que yo no “convierto” a nadie, pero sí soy testigo de tantas conversiones, participando así de activamente en este camino en el que actúa Dios. Acompañar verdaderamente es poder vivir como Dios se hace el contradictorio de las personas y llega a convertirlas.

Acompañar supone establecer un vínculo. No hay acompañamiento sin vincularse, sin hacerse vulnerable en el vínculo. Y un vínculo que incluye una promesa

¹² BENEDICTO XVI, C.Enc. *Caritas in veritate*, n. 53: “Una de las pobreza más hondas que el hombre puede experimentar es la soledad”.

¹³ Cfr. para ello: J. GRANADOS, *Teología del tiempo. Ensayo sobre la memoria, la promesa y la fecundidad*, Sígueme, Salamanca 2012, 183-231.

¹⁴ Como lo recuerda: PABLO VI, Ex.Ap. *Evangelii nuntiandi*, n. 10: “Pero, ante todo, cada uno los consigue [el Reino y la salvación] mediante un total cambio interior, que el Evangelio designa con el nombre de metánoia, una conversión radical, una transformación profunda de la mente y del corazón”.

La conversión es la experiencia fundamental por la que el acompañamiento cristiano se convierte en seguimiento de Cristo. Así se revela una ley fundamental de la evangelización: que el Evangelio se nos ha transmitido mediante testigos, mediante otras personas que nos han acompañado en la vida. Eso es necesario para darnos cuenta de lo fundamental: no hay acompañamiento si yo no establezco un vínculo. Por tanto, ¿qué no es acompañar? Acompañar no es realizar programas porque se acaban y te despiden; te doy un diploma “¡Que bien lo has hecho!, ¡qué bien has participado en este Congreso! Ha sido maravilloso. Te firmo. “Adiós” ... Así no estás acompañando. Tampoco acompañas cuando simplemente das consejos: *ven aquí, cuéntame tus problemas que yo te contaré mis soluciones*. Eso no es acompañar.

Yo soy discípulo de Juan Pablo II, no porque me haya dado clase, aunque he estado con personas –como Stanislaw Grygiel– a los que sí les ha dado directamente clase. Este papa y santo entendió que no bastaba decirles a los matrimonios lo que tenían que hacer, sino que había que acompañarlos. Creó ese grupo de matrimonios (Środowisko), como “ambiente” para acompañarlos y pasaba las vacaciones con ellos; y en esa convivencia aprendía mucho¹⁵. Decían que él se retiraba de vez en cuando y todos lo respetaban, aunque no entendían siempre todo lo que les decía. Pero se dieron cuenta de que estaban viviendo algo grande con él. Para transmitir esa experiencia, ¿qué hizo san Juan Pablo II? Partió de que había que cambiar la mentalidad, pues la Iglesia no se había dado cuenta todavía suficientemente del valor de la familia como mediación del amor divino.

Precisamente, por no tener en cuenta suficientemente qué significaban los afectos y el amor; cuando se les preparaban al matrimonio, se le decían todos sus deberes y con eso se quedaban tranquilos y no se preocupaban de que el corazón de la familia fuera el amor familiar, la caridad conyugal¹⁶. Pero para poder transmitir esto, no bastaba decirlo, había que pensarlo, rezarlo. Esto supuso cambiar muchas claves que no estaban suficientemente claras y expresadas.

En este sentido la conversión pastoral que supone el acompañamiento implica una conversión intelectual que pasa por cambiar de claves, porque ya son distintas. Esto significa renovarse de verdad. Karol Wojtyła tuvo una vida muy peculiar, en relación a la familia, nos enseña cosas muy particulares. Como sabéis, prácticamente no tuvo familia: su madre muere cuando él tiene 9 años, justamente antes de la primera Comunión; en Polonia los padres acompañan yendo por detrás de sus hijos ese día, pero en su caso, en esa fecha tan señalada faltaba su madre. Su hermano falleció cuando él tenía 14 años y su padre cuando tenía 20. Por tanto, es una persona vulnerable, sensible. Y ¿qué es lo que percibió socialmente en ese momento? Las dos ideologías más terribles que ha sufrido el siglo XX: el nazismo y el comunismo. En esa conversación que tuvo con el que luego fue cardenal, el arzobispo Sapieha éste le preguntó: ¿qué es lo que más temen los nazis? Y Wojtyła respondió: “que recemos” pero le dijo el arzobispo: “No, no, no. Lo que más temen es que pensemos”. Nuestro mundo está hecho para que la gente no piense, porque es muy peligroso pensar. Se busca que la gente viva de hacer cosas, sin pensar en ninguna. Podemos hacer una pastoral de hacer cosas: hacer programas,

Yo soy discípulo de Juan Pablo II, no porque me haya dado clase, aunque he estado con personas –como Stanislaw Grygiel– a los que sí les ha dado directamente clase. Este papa y santo entendió que no bastaba decirles a los matrimonios lo que tenían que hacer, sino que había que acompañarlos

¹⁵ Cfr. S. GRYGIEL –P. KWIATKOWSKI (a cura di), *L'amore e la sua regola. Karol Wojtyła e l'esperienza dell'“Ambiente”* di Cracovia, Cantagalli, Siena 2009.

¹⁶ Cfr. L. DE PRADA GARCÍA, *La caridad conyugal: una amistad que construye una vida. Estudio teológico-pastoral en Familiaris consortio y Carta a las familias (Juan Pablo II)*, Didaskalos, Madrid 2017.

sin cambiar ni pensar. Entonces no cambiará nada. Me han dicho el programa mejor, que tiene resultados eficacísimos... No, no es eso. Se trata de acompañar a las personas porque puedes descubrirles una verdad de su vida que Dios les da. Y eso es acompañar.

La palabra “acompañar” viene de *cum-panis*: partir el pan¹⁷. Indica precisamente entrelazar las cosas cotidianas de la vida en la construcción de una vida. Si no, no se acompaña. Hay que compartir la vida. No hay que situarse desde fuera.

En el marco de una terapia o hay una relación superior, o la terapia por sí misma no sería acompañamiento; porque el terapeuta siempre tiene que guardar, con gran sentido común, una distancia. Solo así adquiere su figura una dimensión adecuada. Por eso, dentro de una terapia, es necesario que otra persona acompañe además del especialista. No se puede dejar a la persona a la que llevamos solo al terapeuta, pensando que el terapeuta solucionará el problema, y así no tenemos que acompañar... Eso no es verdad.

El apostolado en el contexto del acompañamiento pastoral no consiste en resolver ningún problema porque el acompañamiento no es para los problemas porque Jesucristo no resolvió ningún problema, más bien creó muchos. Nuestra experiencia del encuentro con Cristo es que nos complica la vida. Muchos cristianos podrían decir: “qué vida tan sencilla tenía antes pero he conocido a Cristo y esto me la ha complicado enormemente”.

Recuerdo que en el Sínodo empezaron a utilizar extraños circunloquios para no decir que había “situaciones irregulares”, porque sonaba “negativo”, hablaban de «situaciones complejas»¹⁸ ... Yo miro mi vida, y compruebo que es bastante compleja, pero no me siento especialmente mal. La complejidad de la vida se puede unir con una plenitud de vida, de tal modo que uno, dentro de sus miserias, puede estar contento. Por lo tanto, el apostolado como un modo de acompañamiento no es solucionar problemas. Precisamente Stanislaw Grygiel, que fue profesor del Instituto Juan Pablo II y que hizo la tesis doctoral con Karol Wojtyla con quien tuvo un trato muy directo lo explicaba en esta misma línea. Cuando José Noriega le presentó el primer programa que hicimos para el máster de pastoral para matrimonios tiró los papeles. Al preguntarle “¿por qué?”, respondió: porque esto es lo que hace todo el mundo: resolver los problemas del matrimonio y no es el camino.

Esta es la explicación que dio como alternativa: ¿Qué ocurre en los matrimonios? A los matrimonios les han puesto unas orejeras, que solo pueden ver la tierra, ¿y cómo ven la tierra? pues llena de piedras. Y entonces les enseñan que la vida es esquivar piedras. Por lo tanto, ¿en qué se resume?: en algo inaguantable. Una vida basada en esquivar piedras, no hay quien la aguante. Sobre todo, si mi piedra es mi mujer, si mi piedra es mi marido, si mi piedra son estos hijos inaguantables la conclusión es obvia. Por favor, quitadles las orejeras, que vean el horizonte, un panorama hermoso, que es la mejor manera de esquivar piedras. Hay que mostrar que hay un plan de Dios maravilloso, que es tu vida. Y conseguir que tu vida sea maravillosa, no es resolver problemas.

El apostolado en el contexto del acompañamiento pastoral no consiste en resolver ningún problema porque el acompañamiento no es para los problemas porque Jesucristo no resolvió ningún problema, más bien creó muchos

¹⁷ Cfr. G. GRANDIS, “Accompagnare”, en P. GENTILI –T. E.G. CINCOLINI (a cura di), *Luci di speranza pero al familia ferita. Persone separate e divorziati risposati nella comunità cristiana*, Cantagalli, Siena 2012, 233-236.

¹⁸ Cfr. SINODO DE OBISPOS, *Relatio finalis* 2014, n. 61.

Cuando centramos la pastoral en los problemas, cometemos tres equivocaciones. Primera equivocación: pensar que hay un tiempo en que no habrá problemas. El error es hacerse esta reflexión: soluciono este problema, y ya no tendré problemas... y qué bien voy a vivir... La falacia es clara: te están esperando tres problemas a la puerta. Soluciono uno y aparecen tres. Algunos dicen que las monjas contemplativas cómo van a tener problemas, porque tienen una vida tan sencilla... solo hace falta verles y oírles para saber cuántos problemas viven. Es el cuento del que desea ser distinto siempre a quién es, para evitar así una dificultad y, al final, acaba siendo el mismo que era... porque no hay ningún momento en que no haya problemas.

Una de las cosas que más ocurre en los matrimonios, es que esperan a hablar de lo importante para cuando no haya problemas. ¡Eso no sucede nunca! Por eso nunca hablan, porque solo hablan de problemas. Y no hablan de lo que realmente importa en sus vidas. No tienen espacio para tratar de lo fundamental.

No podemos acompañar a los matrimonios ofreciéndoles la promesa que vamos a solucionar todos sus problemas, y no enseñarles hacia adónde va su vida. Si es así no estaríamos acompañando. No sirve para acompañar el sistema de solucionar los “casos”, esto es claramente insuficiente.

Segundo punto. Precisamente porque los problemas no acaban y se continúan generando problemas, al final, la gente siempre está cansada, y siempre llegamos tarde. En la pastoral familiar –he trabajado con muchos agentes de pastoral familiar en los últimos treinta - y muchos están constantemente lamentándose: “¡qué mal!, ¡siempre peor! Antes la gente venía con un hijo a prepararse para el matrimonio, ¡y ahora viene con dos! Esto cada vez va a peor”. Y es que siempre vamos detrás de los problemas, con lo cual el desánimo es total. No solo es que los problemas aumenten, sino que nosotros vamos detrás, con la lengua afuera. No llegamos a lo que se nos pide. No solo no damos solución a todos los problemas, sino que van apareciendo problemas nuevos. Vamos detrás de los problemas y además jadeando, intentando darles una solución que se nos escapa... y podemos acabar siempre sobrepasados.

El tercer error es dejar que otra persona nos haga la «hoja de ruta». Esto no quiere decir que no haya que resolver problemas: de hecho cuando se acompaña, los problemas se resuelven pero es preciso cambiar nuestro modo de pensar. Para ello hay un principio básico: el modelo de acompañar es familiar. ¿cuál es la imagen primera del acompañamiento? Algo en sí ¡maravilloso, impresionante!: la familia. Que es que cuando más desvalidos somos, más acompañados estamos. En la familia nacemos absolutamente desvalidos, totalmente necesitados. No sabemos procurarnos comida, no sabemos ni abrir los ojos, y de repente, ¡somos acompañados! La familia es el primer lugar de acompañamiento, es el lugar por excelencia del acompañamiento.

Para acompañar pastoralmente la Iglesia debe aprender a ser familiar. Cuando me hablan de acompañamiento pienso en mi madre que me llevaba de la mano a Misa. Yo miraba a mis padres que se arrojaban en la Consagración, y aquello me hacía pensar que algo importante debía estar sucediendo. Y esto era ser acompañado.

Todos somos naturalmente acompañados en la familia; la familia es el lugar del acompañamiento. Acompañamos a las personas porque establecemos vínculos semejantes a los familiares por los cua-

En la familia
nacemos
absolutamente
desvalidos,
totalmente
necesitados.
No sabemos
procurarnos
comida, no
sabemos ni abrir
los ojos, y de
repente, ¡somos
acompañados!
La familia es el
primer lugar de
acompañamiento,
es el lugar por
excelencia del
acompañamiento

¹⁹ Cfr. CONCILIO VATICANO II, Cons. Dog. Lumen fidei, n. 11; ID., Dec. Apostolicam actuositatem, n. 11. Como estudio: R. FABRIS –E. CASTELLUCCI (a cura di), La chiesa domestica. La Chiesa-famiglia nella dinamica della missione cristiana. Un profilo unitario a più bovi, San Paolo, Cinisello Balsamo 2009.

les las personas se sienten seguras y con un horizonte por delante. Eso es un cambio en el modo de entender la Iglesia. Para ello la familia debe comprender también que es una Iglesia doméstica¹⁹ y por lo tanto que es capaz de realizar ese acompañamiento.

Padres y madres, esposos y esposas: sois los pastores de vuestros hijos. Los pastores de vuestros hijos. Dios os ha confiado lo más preciado que existe: un hijo. ¿Y cómo vais a vivir ese *pastoreo*? Pues acompañando a vuestros hijos y acompañándoos el uno al otro. Ése es el acompañamiento real, ése es el acompañamiento pastoral que cambia una vida. Pero eso supone cambiar de mente: no es hacer cosas, sino compartir realmente una vida. Y en esa vida que se comparte es donde se solucionan los problemas. El pequeño problema de comprar un lavavajillas nuevo se puede convertir en ocasión de una unión familiar más fuerte, cuando haciendo eso nos acompañamos bien.

Por lo tanto, ¿cuál es la primera realidad que este acompañamiento comporta? Un concepto nuevo del tiempo²⁰. Entender el tiempo como un camino que no sabemos lo largo que va a ser, es diferente a cuando medimos constantemente las etapas. Por lo tanto, hay una nueva temporalidad en el acompañamiento, que viene de distinguir la realidad de los diversos tiempos. Algo muy distinto del llamado “tiempo de calidad”. Hay un tiempo de producción, que está muy claro; tengo que marcar perfectamente cuando sale el producto y de qué manera el producto está bien. No puedo acortarlo, porque el producto sería deficiente. La técnica me ayuda a que, en el menor tiempo posible, saque el mejor producto. Es un tiempo medido, lo que se llama el tiempo “cronológico”, regido por el reloj y la agenda.

Hay también un tiempo de gracia, porque un instante puede valer más que muchos días. Es el tiempo *generador*. Por tanto hay un tiempo de producción y hay un tiempo de generar. ¿Por qué se hablaba que la mujer tiene un ciclo? Porque no todos los días son iguales. El momento de generar no es el mismo. Generar es un tiempo distinto, es el tiempo de la vida²¹. La vida se genera porque no solo se concibe, sino que se genera, es decir, crece, y necesita constantemente ser acompañada para crecer y se continúa en la educación. El acompañamiento, por lo tanto, requiere mucha paciencia, porque el tiempo de generar no lo controlamos porque respondemos a una llamada no prevista.

Gracias a Dios a nadie se le ha ocurrido reducir el embarazo como sea, para que a los dos meses salgan ya los niños grandes. A alguno se le ocurriría que salieran ya adolescentes ¡y sería terrorífico! Gracias a Dios nacen pequeños y ¡tienes tiempo! Aprovecha ese tiempo, que ya llegarán tiempos peores... El tiempo de generar significa acompañar un tiempo distinto que no controlas, sino al que sirves. Ese tiempo es el hilo conductor de una vida. Esto es fundamental. ¿Cuándo se vive ese tiempo? Primero en la familia: el tiempo generador se vive en la familia cuando la familia no «vive de problemas» sino que vive de hacer madurar a sus miembros²². El tiempo de generar supone saber atender a las personas, eso es la disponibilidad.

Entonces, ¿en qué consiste esa nueva temporalidad? El tiempo generativo marca precisamente el acompañamiento como un momento de generar vida. «He venido para que tengan vida y la tengan abundante» (Jn 10,10): ese es el Buen Pastor. No he venido para solucionar todos tus problemas maravillosamente.

Por lo tanto, ¿cuál es la primera realidad que este acompañamiento comporta? Un concepto nuevo del tiempo. Entender el tiempo como un camino que no sabemos lo largo que va a ser, es diferente a cuando medimos constantemente las etapas

²⁰ Es muy interesante: J. GRANADOS, Teología del tiempo. Ensayo sobre la memoria, la promesa y la fecundidad, Sígueme, Salamanca 2012.

²¹ Cfr. J. GRANADOS, “La generatività, chiave di una sintesi teológica”, en *Anthropotes* 29/1 (2013) 99-122.

²² Cfr. G. ANGELINI, *Educare si deve, ma si può?*, Vita e Pensiero, Milano 2002.

Supone entrar en el drama de la vida. Por eso la primera acción de Jesucristo es en las bodas de Caná: «No tienen vino» (Jn 2,3). Es un problema ¿verdad? Había una manera muy fácil de solucionar el problema: No tenemos vino, pero tenemos agua. Le «damos un poco a la manguera» y ya habrá vino para todos. Aguamos el vino y solucionamos todos los problemas. Podemos traducirlo de este modo, para que se entiendan sus implicaciones: ¿Por qué Dios ha hecho el matrimonio indisoluble? ¿Vaya problema nos ha causado! Hagámoslo más soluble y ya no tendremos problemas. Jesucristo, extrañamente, sigue la lógica exactamente contraria, y les da el vino mejor (cfr. Jn 2,10). Eso es acompañar. Inicia el acompañamiento, e inició la fe en ellos cuando vieron que la lógica interna del acompañamiento es una lógica de sobreabundancia, que es la lógica de generar vida²³. Extrañamente, plantas una semilla y te salen 100 ¿cómo es posible? ¿cómo se genera? Plantas un euro y te sale un Euro... Por el contrario podríamos hacer una plantación de euros, sería una cosa estupenda... ¡pero no funciona!

El drama de la vida es precisamente el vino mejor que es el que genera esperanza. Como dice Charles Péguy en *El pórtico del misterio de la segunda virtud*: “Para esperar, hija mía, hace falta ser feliz de verdad, hace falta haber obtenido, recibido una gran gracia”²⁴; haber tenido una alegría grande es lo que te permite vivir los acontecimientos con esperanza. ¿Por qué los discípulos de Emaús no reconocen a Jesucristo? Porque estaban tristes (cfr. Lc 24,17). ¿Qué es a lo que vence Cristo en el Huerto de los Olivos? La soledad y la tristeza (cfr. Mt 26,37-38). Esto es lo que precisamente hay que superar. Entonces, ¿cuándo cambia todo con los discípulos de Emaús?. En el: «Quédate con nosotros» (Lc 24,29). Eso es pedir el acompañamiento: quédate. El momento en el que Jesucristo –pedagógicamente es impresionante- hace el amago de irse para que ellos lo pidan. ¿Qué hizo también con la samaritana? (cfr. Jn 4,4-42) hizo que le pidiera: “dame de esa agua para que no tenga más sed” (Jn 4,15). Porque solo así se puede dar plenamente.

«Quédate con nosotros»: esa es la esperanza. La esperanza verdadera del matrimonio, como Juan Pablo II decía en la *Carta de las familias*, es: “el Esposo está con vosotros”²⁵. Recordad esa frase de Mateo 9,15 cuando los fariseos critican a Jesucristo, porque no ayunan como los demás... ¿qué hacen estos? ¿Cómo van a ayunar si el esposo está con ellos? ¡Se está atribuyendo el sentido de esposo de una manera impresionante! Y luego pone el ejemplo fundamentalmente con el vino nuevo y el traje nuevo. Cristo es la novedad (cfr. Ap 21,5)²⁶ que se refiere a sí mismo como el Esposo que está en medio de cada familia y cuya misión es renovar todo amor. Está explicando el lenguaje amoroso, cómo el amor es lo único nuevo en la vida y cómo acompañar es saber renovar el amor constantemente. Pero, para ello, necesitamos verdaderamente ser acompañados.

Es preciso ir a las preguntas fundamentales. ¿A quién acompañar?²⁷ A todo el mundo. Yo también necesito acompañamiento. Me siento muy acompañado, pienso que hay vínculos en mi vida que me permiten dar un sentido grande a mi vida. Todos necesitamos ser acompañados. No hay personas de segunda -pobrecitas- que son tan dependientes que los tenemos que acompañar... desde esta

Es preciso ir a las preguntas fundamentales. ¿A quién acompañar? A todo el mundo. Yo también necesito acompañamiento. Me siento muy acompañado, pienso que hay vínculos en mi vida que me permiten dar un sentido grande a mi vida. Todos necesitamos ser acompañados

²³ Cfr. BENEDICTO XVI, C.Enc. Caritas in veritate, n. 34: “Por su naturaleza, el don supera el mérito, su norma es sobreabundar”.

²⁴ C. PÉGUY, *El pórtico del misterio de la segunda virtud*, Ediciones Encuentro, Madrid 1991, 20.

²⁵ JUAN PABLO II, *Carta a las familias*, n. 18.

²⁶ Cfr. J. GRANADOS, «“Trajo toda la novedad, al traerse a sí mismo”: apuntes para una teología de lo nuevo», en J. J. PÉREZ-SOBA –E. STEFANYAN (a cura di), *L'azione, fonte di novità. Teoria dell'azione e compimento della persona: ermeneutiche a confronto*, Cantagalli, Siena 2010, 285-303.

²⁷ Cfr. J.J. PÉREZ-SOBA, *¿Qué acompañamiento abre una esperanza? Las prácticas pastorales con los divorciados vueltos a casar*, Monte Carmelo, Burgos 2015.

visión nos estaríamos situando como por encima, como gente que sabe todo. Todos necesitamos ser acompañados y por la experiencia de esta grandeza podemos acompañar. Dios ha querido que nadie haga en solitario el seguimiento de Cristo. Por tanto, sentir esa compañía y pedir esa compañía, es absolutamente necesario para todos.

En el contexto de este acompañamiento universal necesitan especialmente ser acompañados los débiles. El niño necesita ser acompañado; si lo dejas solo, está perdido. Y, además, lo sabe muy bien: un niño, cuando se siente solo, llora, porque necesita una presencia, necesita una compañía. Es una ley del corazón. Por lo tanto, necesitamos vínculos que, en el corazón, son moradas. El corazón está lleno de moradas, no de vacíos. El gran problema contra el acompañamiento que plantea la cultura actual es pensar que elegimos «desde el vacío»; que el interior del hombre es un vacío que puede llenar de cosas, no de vínculos. Los vínculos son las compañías que nos permiten precisamente responder a Dios.

Entonces ¿qué es un elemento fundamental del acompañamiento? El *perdón*. Pero no como si fuera una cosa automática: «¡Ahora toca perdonar!». El perdón no funciona así jamás: «¡oye, perdona ahora tú!» ... ¿cómo le voy a perdonar? Actualmente la mayor dificultad –sobre todo en las separaciones y los divorcios– es la imposibilidad que sienten muchas parejas para perdonar. Por tanto, hay que acompañar para el perdón. He escrito un pequeño libro sobre el Sacramento de la misericordia²⁸ porque deseaba explicar que es un sacramento *temporal*: se realiza en un instante, pero supone, como el hijo pródigo (cfr. Lc 15,11-32) una historia²⁹. O vamos a la confesión como hijos pródigos, o hacemos «un paripé». Supone una historia, que es la historia del arrepentimiento, la historia del perdón y la historia de la penitencia, esto es, un “tiempo de misericordia”. Por tanto, la confesión es un sacramento temporal por excelencia, que requiere precisamente sabernos acompañados. Acompañar a los matrimonios es necesario para que se perdonen. Ese perdón supone fundamentalmente el gran don. Perdón es el «don» por excelencia. Perdonar *-forgiven-* viene de «don». «Per» es el prefijo latino que significa *per-fecto*, hecho del todo. Perdonar es “darse del todo”. Darse desde un amor incondicional, que permite encontrar la fuente de un amor que renueva una historia.

Por eso el perdón, no podemos presentarlo como mecánico, como producto de un esfuerzo. Este acompañamiento lo realizamos en un momento eclesial particular. A los sacerdotes generalmente no nos enseñan a acompañar bien a los matrimonios. Nos enseñan mucho a dar consejos, pero no a crear vínculos con los matrimonios. Y es necesario que los sacerdotes lo aprendan. Por lo tanto, al volver, procurad enseñar a los sacerdotes a que acompañen verdaderamente a los matrimonios y las familias. Para eso hay que darles unas instrucciones. Predicar a sacerdotes es muy difícil, y yo lo entiendo muy bien, porque es mi oficio. Pero es necesario que aprendan. Yo siempre aconsejo en toda pastoral familiar diocesana que una de sus actividades principales ha de ser ir al seminario para que les enseñen de verdad a los seminaristas cómo acompañar a los matrimonios y las familias. De lo contrario el sacerdote será muchas veces un freno, en vez de un impulso para la pastoral familiar; porque no sabrá qué hacer, apretará el botón de los consejos y eso no es lo que los matrimonios

Entonces ¿qué es un elemento fundamental del acompañamiento? El perdón. Pero no como si fuera una cosa automática: «¡Ahora toca perdonar!». El perdón no funciona así jamás: «¡oye, perdona ahora tú!»... ¿cómo le voy a perdonar? Actualmente la mayor dificultad –sobre todo en las separaciones y los divorcios– es la imposibilidad que sienten muchas parejas para perdonar. Por tanto, hay que acompañar para el perdón

²⁸ J. J. PÉREZ-SOBA, La confesión, evento de misericordia, BAC, Madrid 2016.

²⁹ Cfr. A. CHAPPELLE, Les fondements de l'éthique. La Symbolique de l'action, Éditions de l'Institut d'Études Théologiques, Bruxelles 1987.

necesitan. Esta realidad, como realidad eclesial, significa que o la Iglesia es más una familia, o realmente no acompañamos.

Para eso, hay dos cosas que fueron dos ejemplos para mí –que desde el año 98 que estoy ayudando a la Subcomisión de Familia y Vida de la Conferencia Episcopal- y siempre me han servido.

La primera, ¿por qué «la niña de los ojos» de la pastoral de la Iglesia que siempre ha sido la pastoral juvenil, no ha derivado en una pastoral familiar? Porque realmente no hemos enseñado a los jóvenes a amar. Hemos hecho una pastoral desenfocada. Hemos enseñado a los jóvenes a hacer muchas cosas y no a amar. Por eso, no acompañamos a los jóvenes de verdad, en lo más importante de sus vidas, que es amar. Exactamente lo contrario que hizo con los jóvenes Juan Pablo II. Cuando murió decían que era «el Papa de los jóvenes» ... gracias a Dios, el Papa Francisco dijo que era «el Papa de la familia»³⁰. Porque los jóvenes son para construir familias. Eso es lo que quería realmente Juan Pablo II de los jóvenes: que respondiesen a una vocación al amor con un amor sponsal, ya sea virginal o conyugal³¹.

La segunda cosa es algo que nos interesa muchísimo: no podemos poner una pancarta: “aquí acompañamos” y pretender que un montón de gente vaya a venir. Existe esa paradoja, que es la paradoja del ser humano. La gente tiene una sed enorme de grandeza y de Dios. Pero, dentro de esa sed enorme, nadie pide ser acompañado, prácticamente nadie lo pide. Cualquier pobre en cualquier parte del mundo sabe dónde acudir: a una iglesia católica porque sabe que allí le darán algo. Sin embargo, un matrimonio con problemas, no sabe adónde acudir. La Iglesia no se presenta ante los matrimonios como aquella instancia que les va a ayudar en sus vidas, que los va a acompañar. Esto tiene mucho que ver con la imagen de la Iglesia: la vemos mucho más como una institución que realiza acciones, que realmente como una familia que acompaña. Eso supone un cambio de coordenadas mentales respecto de lo que es la pastoral familiar³².

Además, es preciso ver que este acompañamiento se realiza en lo que el Papa Francisco llamaba un hospital de campaña³³. Es una imagen muy buena que la pandemia nos ayuda a imaginar. ¿Por qué? Significa que ante una enfermedad nos hemos de preguntar: ¿qué es lo más importante? Descubrir el virus, no quedarnos en los síntomas. O analizas el virus y puedes crear un antivirus, o se te mueren todos. O sabemos analizar verdaderamente dónde está el centro de la enfermedad mortal en la actualidad y generamos una esperanza; o estaremos cada vez más desesperanzados porque la gente se nos muere por todas partes. Pero ¿cuál es esa enfermedad?: el emotivismo³⁴. O reconocemos que el emotivismo es la enfermedad y sabemos dirigir el acompañamiento como el antivirus fundamental o la gente se nos morirá por las esquinas.

Cualquier pobre en cualquier parte del mundo sabe donde acudir: a una iglesia católica porque sabe que allí le darán algo. Sin embargo, un matrimonio con problemas, no sabe adonde acudir. La Iglesia no se presenta ante los matrimonios como aquella instancia que les va a ayudar en sus vidas, que los va a acompañar

³⁰ FRANCISCO, Homilía en la canonización de Juan XXIII y Juan Pablo II, (27-IV-2014).

³¹ Cfr. JUAN PABLO II, Es.Ap. Familiaris consortio, n. 11.

³² Cfr. L. MELINA (a cura di), *Conversione pastorale per la famiglia: sì, ma quale?* Contributo del Pontificio Istituto Giovanni Paolo II al Sinodo, Cantagalli, Siena 2015.

³³ Cfr. A. SPADARO, “Entrevista a Papa Francisco”, en *La Civiltà Cattolica* 3918, 164 (III) (19.09.2013) 461.

³⁴ Para comprenderlo: cfr. A. MACINTYRE, *After virtue. A Study in Moral Theory*, Duckworth, London 21985, en particular el capítulo titulado: “Emotivism: Social Content and Social Context”: *ibidem*, 23-35.

El emotivismo significa que las personas se creen buenas solo por sentirse buenas³⁵. Lo dice el Papa Francisco: “Crear que somos buenos sólo porque «sentimos cosas» es un tremendo engaño”³⁶. Se reduce la bondad a una emoción. El sentirse bien respecto a una acción puede convertirse en lo equivalente a ser bueno. El emotivismo impide, por lo tanto, la verdadera conversión a Cristo. Cuando un adolescente sale de una convivencia y dice: “¡he encontrado el centro de mi vida, es Cristo!”, no sabe lo que dice. Simplemente, ha sentido una emoción muy fuerte que, o hay un acompañamiento posterior, o no dará fruto.

Cuando se habla de educación, o realmente acompañamos a las personas simplemente dándoles charlas saldrán del colegio o de la parroquia o serán como todos los demás. Porque no las habremos acompañado. No habríamos puesto el antivirus. También podríamos proponernos: “Voy a forjar voluntades fuertes, capaces de que todas las decisiones se lleven a cabo”; pero eso sería ignorar los afectos, crear un vacío afectivo enorme, y se perdería el camino. No se estaría poniendo el antivirus adecuado, y el problema se haría mayor. La verdadera formación de una persona significa conseguir que sea capaz de amar, de amar con todo el corazón, de decirle a Jesucristo que se quede porque “el Esposo está con ellos”.

¿Cómo acaba el acompañamiento de Cristo? Acaba bien. ¿Por qué acaba bien? Porque los discípulos vuelven al Cenáculo, acaba en casa. La cosa no es “go out” sino “come home”, “vuelve a casa”. Eso es lo que hay que decir al hijo pródigo para que encuentre dónde está su vida. Realmente la Iglesia aparece como una casa, en la que se acompaña. La casa es donde realmente el acompañamiento se hace en lo cotidiano y la casa se convierte en un camino. Cuando Juan Pablo II reflexionaba sobre la Iglesia como familia miraba a María y decía: ¿Quién es más la Iglesia?: ¿el Papa o María?³⁷ Ciertamente el Papa ha recibido las llaves, que María no la ha recibido; ha recibido el sacerdocio, que María no ha recibido. Pero María es el corazón de la Iglesia, y no el Papa. Por eso Pedro es pecador y sólo cuando es pecador, recibe las llaves. En cambio, María es Inmaculada. Porque el corazón de la Iglesia, aquel que verdaderamente nos acompaña, es siempre generador de vida.

¿Cómo acaba el acompañamiento de Cristo? Acaba bien. ¿Por qué acaba bien? Porque los discípulos vuelven al Cenáculo, acaba en casa. La cosa no es “go out” sino “come home”, “vuelve a casa”. Eso es lo que hay que decir al hijo pródigo para que encuentre dónde está su vida

³⁵ J. J. PÉREZ-SOBA, *Encuentro junto al pozo: cómo hablar de fidelidad al emotivista postmoderno*, Palabra, Madrid 2020.

³⁶ FRANCISCO, *Es. Ap. Amoris laetitia*, n. 146.

³⁷ JUAN PABLO II, *C. Ap. Mulieris dignitatem*, n. 27, nota 55: «Este perfil mariano es igualmente —si no lo es mucho más— fundamental y característico para la Iglesia, que el perfil apostólico y petrino, al que está profundamente unido... La dimensión mariana de la Iglesia antecede a la petrina, aunque esté estrechamente unida a ella y sea complementaria. María, la Inmaculada, precede a cualquier otro, y obviamente al mismo Pedro y a los Apóstoles, no sólo porque Pedro y los Apóstoles, proviniendo de la masa del género humano que nace bajo el pecado, forman parte de la Iglesia “sancta ex peccatoribus”, sino también porque su triple munus no tiende más que a formar a la Iglesia en ese ideal de santidad, en que ya está formado y figurado en María. Como bien ha dicho.